

## ACTO PRIMERO

---

Es una estancia plácida y perfumada. Un nido de seda y encaje. Cierran todo el fondo las grandes cortinas de la alcoba. Hay una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

## ESCENA PRIMERA

### *El Doctor y Sabel.*

DOCTOR

No hay que apurarse. Volveré luego. Tengo otro enfermo en la casa. Vamos á ver; ¿cómo ha pasado la noche esa señora?

SABEL

Ya le digo, la noche muy mal.

DOCTOR

Es preciso evitarle las impresiones en cuanto sea posible. ¿Ha sido ella quien pidió que la confesasen ó fué cosa de ustedes?... ¡La verdad! ¡La verdad!

SABEL

Fué ella, ella solamente. Serían así sobre las tres de la mañana cuando me llamó el señorito. —¡Sabel! Sabel!—Mande usted, señorito. —No sé qué te quiere Octavia. La señorita me hizo seña para que me acercase. Me acerco, y voy y le digo, de esta misma manera:—¿No se encuentra mejor, señorita? ¿Deseaba alguna cosa? Entonces me cogió la mano, y me dijo, dice:—¡Ay, Sabel de mi alma, yo me muero, habrá que avisar al Padre Rojas! Antes del escandalazo se confesaba

con ese señor, y era de la Asociación de Socorristas y qué sé yo cuantas cosas: después, la pobre tuvo que dejarlo.

DOCTOR

¿Pero, á todo esto, tu señorito qué hacía? ¿Por qué no se opuso?

SABEL

El señorito parecía una sombra. Se le ahorcaba con un cabello.

DOCTOR

¿Pero qué motivo había para tanta alarma?

SABEL

Yo no se lo sabré decir á usted. Puede ser que no hubiese ninguno. La señorita me pidió el rosario, y me dijo, dice:—Si Dios Nuestro Señor hiciese que pudiera ver á mi hijita antes de morirme... Se quedó suspensa porque se acercaba el señorito, y no habla de esas cosas delante de él.

DOCTOR

¿La niña estará en algún colegio?

SABEL

No señor... Está con la otra familia. ¡Cuántísimas lágrimas le ha costado á la señorita! Pero dicen que son cosas de la ley. (*Transición.*) Me parece que ya terminan. ¡Haga el favor! (*Prestan atención. Silencio profundo.*)

DOCTOR

Aún debe haber para rato.

SABEL

No deje de volver, Don José. Tiene usted que sermonearle al señorito Pedro, que no anda nada bueno. Va para tres semanas que no se acuesta, velando á la señorita.

DOCTOR

Pues tampoco está para valentías.

SABEL

Dispense una palabra, señor Don José. ¿Por qué no le mete usted bien de miedo? ¿Por qué no le dice de esta misma manera?: «—Amigo, cuasimente se está usted quedando en los huesos. ¡Hay que cuidarse!»

DOCTOR (*sonriendo*).

Se lo diré, aun cuando no sea de esa misma manera.

SABEL

Y le receta cualquier cosa para la salud. El es muy remilgado. ¡Dios nos libre! Pero de mi cuenta corre hacérsela tomar.

DOCTOR

También le recetaré si es preciso.

## ESCENA II

*El Doctor.—Sabel.—Pedro.*

SABEL (*señalando á Pedro, que entra*).

Aquí le tiene.

PEDRO (*saludando*).

Adiós, Don José. (*A Sabel*.) ¿Por qué no me avisaste que estaba aquí el doctor?

SABEL (*con lealtad cariñosa y brusca*):

Porque ya se iba ahora mismo. ¡Vaya una cara de desenterrado!

DOCTOR

No hay que ponerse malo.

PEDRO (*Con mal reprimido desconsuelo*).

No, señor, no. ¿Ha visto usted á Octavia?

DOCTOR

Era preciso interrumpir... Volveré luego...

SABEL

Para qué ha de molestarse. Ya que subió las escaleras, mejor es que se siente y espere. Mucho tiempo nunca podrá ser. Aquí tiene usted. (*Coloca sobre la mesa recado de escribir.*)

PEDRO

¿Qué haces, Sabel?

SABEL

Para que Don José le recete á usted alguna cosa.

DOCTOR

Veamos cómo va ese valor. (*Toma el pulso de Pedro.*)

PEDRO

¿Hace mucho que ha llegado usted?

DOCTOR

Acabo de llegar. (*Pausa.*) Está usted febril.

PEDRO

¡Cómo no estarlo!

SABEL

Hablen bajo.

PEDRO (*con interés*).

¿Ya sale?

SABEL

Me parece que sí. (*Al doctor*). ¿No le receta nada al señorito?

DOCTOR

Tu señorito lo que necesita es reposo, mucho reposo, de espíritu y de cuerpo.

PEDRO (*en voz queda apasionada y honda*).

¡Octavia llora! ¿No han oído ustedes? Doctor, ¿cree usted que se salvará?

DOCTOR

Creo que puede salvarse.

PEDRO (*con desesperación*).

¡Señor! ¡Señor! ¡No me la lleves! ¡Sé bueno!

SABEL

¡Si la Virgen Santísima quisiese hacer un milagro!

DOCTOR

¿Hace mucho que está ahí ese buen señor?

SABEL

Hará como una media hora.

DOCTOR

Lo dicho; todavía tenemos para rato.

SABEL

Preguntó quién la asistía. Le conoce á usted, Don José.

DOCTOR

No tiene nada de particular.

PEDRO (*escuchando*).

Se la oye suspirar...

DOCTOR

Ha sido una malísima idea. No es que yo sea opuesto por sistema á esas cosas, pero á los enfermos les impresionan.

SABEL

¡Pobrecita! Lo pedía con un afán...

PEDRO

¡Lloral ¡Está llorando! (*Se dirige á la puerta de la alcoba.*)

SABEL

¡Qué va usted á hacer, señorito!

PEDRO (*al doctor*).

¿Le parece á usted que entre?

DOCTOR

¡Hombre!...

## ESCENA III

*El Doctor.—Sabel.—Pedro.—El Padre Rojas.*

*Las cortinas de la alcoba se abren lentamente; la figura del Padre Rojas, muda y solemne, se dibuja en el umbral.*

EL PADRE ROJAS

Pueden ustedes pasar cuando gusten. (*Entra Sabel. Pedro va á seguirla, y el Padre Rojas le detiene.*) Dispense usted un momento. Antes deseara hablar con usted...

DOCTOR

¡Amigo Padre Rojas, aun cuando usted no quiera! (*Se estrechan la mano.*)

EL PADRE ROJAS

¿Quién le ha dicho á usted que no quiero? Tengo siempre una verdadera satisfacción en verle y en saludarle.

DOCTOR

¿Qué se hace ahora? ¿Sigue usted dedicándose á los estudios prehistóricos?

EL PADRE ROJAS

Alguna vez: á ratos perdidos; es un vicio caro. (*Transición.*) Ya me había enterado de que usted asistía á esta señora.

DOCTOR

¿De qué no se enteran ustedes?...

EL PADRE ROJAS

¡Hacia qué se yo el tiempo que no nos veíamos! ¿Usted querrá hacer su visita á la enferma? Pase usted, pase usted.

DOCTOR

Por un momento. (*Entra en la alcoba.*)

## ESCENA IV

*Pedro.—El Padre Rojas.—Después, Sabel.*

EL PADRE ROJAS

Tengo que dirigir á usted un ruego en nombre de esa pobre señora.

PEDRO (*con extrañeza*).

¿En nombre de Octavia?

EL PADRE ROJAS

Sí, señor, sí; pero siéntese, y escuche. Tenga la bondad. Esa desgraciada señora...

PEDRO (*levantándose violentamente*).

No necesito escuchar. Sé todo lo que usted va á decirme. ¡Nunca, nunca debí haber consentido que usted entrara en esta casa!

EL PADRE ROJAS

Saldré de ella en cuanto usted tenga á bien indicármelo. Pero siéntese, dispéñeme ese favor. Ya conocía yo ese genio impetuoso. Nuestro Padre San Ignacio solía decir de ciertos arrebatos, como el de usted en este momento, que eran la exageración de una virtud. Ahí verá usted por qué no me ofenden. Ahora, con franqueza, ¿usted no quiere sentarse? Dígame si el permanecer de pie es como una indicación de que me vaya.

PEDRO (*friamente*).

Es todo cuanto usted quiera.

EL PADRE ROJAS

Sentiría que en esta ocasión desmintiese usted ese carácter tan franco y tan sincero, por que le aseguro que me es muy simpático.

PEDRO

Gracias.

EL PADRE ROJAS

Hace un momento creo haberle oído algo así como que usted ya sabía de antemano todo cuanto yo tenía que decirle.

PEDRO (*con violencia*).

Y lo sé.

EL PADRE ROJAS

En ese caso sabrá usted que yo no tengo ninguna cosa que decirle. Quien tiene que decirle algo, muy doloroso ciertamente, es esa señora. Este humilde jesuita no tiene otro carácter que el de emisario.

PEDRO (*con violencia creciente*).

Para hablar conmigo Octavia no necesita emisarios. No los ha necesitado jamás.

EL PADRE ROJAS (*levantando la voz gradualmente*).

Ahora los necesita. Tal es la voluntad de Dios.

PEDRO (*apasionado*).

Yo no oiré á nadie más que á ella.

SABEL (*asoma un momento en la puerta de la alcoba*).

¡Chist! Tengan consideración y hablen bajo.

EL PADRE ROJAS

Pobre mujer, ¡parece la lealtad misma!...

PEDRO (*en voz baja, pero con calor*).

Todos ustedes tienen la vanidad de las conversiones.

EL PADRE ROJAS

Yo hago lo que me dicta mi conciencia.

PEDRO

Yo también.

EL PADRE ROJAS (*con dulzura*).

No.

PEDRO (*con enojo*).

Sí.

EL PADRE ROJAS

Usted solamente atiende la voz del pecado.

PEDRO

La de mi corazón.

EL PADRE ROJAS (*con unción*).

Para que esa señora pueda morir tranquila, para que yo pueda absolverla de sus culpas, es preciso que usted salga de esta casa para no volver.

PEDRO

Mi sitio está ahí dentro, á la cabecera de Octavia.

EL PADRE ROJAS

Ese sitio puede ser el de la madre, el del marido, el de los hijos, el mío también; el del amante, nunca. ¿Desoirá usted el ruego de esa señora?...

PEDRO

Lo desoiré, sí, lo desoiré. Porque no es Octavia quien exige que me vaya. Es usted, que la tiene amedrentada con la idea del infierno.

EL PADRE ROJAS

No; redimida con la esperanza del perdón y del Cielo.

PEDRO (*en voz contenida y amenazadora*).

Si Octavia se muere, si se agrava nada más, no sé lo que haré, no lo sé. De usted solamente será la culpa, de usted, que en vez de traerle consuelos, le ha traído remordimientos. ¡Que no se agrave! ¡Que no se agrave!

## ESCENA V

*Pedro.—El Padre Rojas.—El Doctor.*

DOCTOR (*desde la puerta, como si hablara con la enferma*).

¡Sí, señora, sí; volveré esta noche. Ahora, silencio; mucho silencio. Hay que procurar dormir. ¡Sabel, no hay que darle conversación!

SABEL (*dentro*).

Usted descuide, Don José.

PEDRO (*acercándose ansioso al doctor*).

No me engañe usted, doctor; ¿cómo está?

DOCTOR (*con calma*).

¿Qué quiere usted que le diga?

PEDRO

¡Pobrecilla! Le han dado un tósigo horrible.

DOCTOR

¿Pues qué ha pasado?

PEDRO

¿Usted cómo la encuentra?

DOCTOR

Hombre, en lo que cabe, con una gran mejoría.

PEDRO (*sorprendido*).

¿Mejor?

DOCTOR

En lo que cabe, nada más que en lo que cabe. No me sorprende por qué es eso; la tranquilidad del espíritu... A veces estos señores realizan curas maravillosas (*con el ademán y la sonrisa índica al Padre Rojas*). Sin embargo, no hay que fiarse de ellos. ¿Qué tiene usted que decir, Padre Rojas?

EL PADRE ROJAS

Nada, nada. Le escucho.

PEDRO

¿Es decir que la encuentra usted mejor?

DOCTOR

Más calmada. Seguiremos observando.

EL PADRE ROJAS

Me parece á mí que el señor doctor no quiere atribuirse toda la gloria de esa mejoría.

DOCTOR

Ya está el Padre Rojas arrimando el ascua...

EL PADRE ROJAS

Permítame el señor doctor (*designando á Pedro*). Este caballero hace un momento amenazaba con hacer yo no sé qué locuras, si la enferma se hubiese agravado.

DOCTOR (*sonriendo*).

¡De veras! Le pondremos la camisa de fuerza.

EL PADRE ROJAS

Este caballero se conoce que está muy poco acostumbrado á dominarse; pero hay nobleza, hay nobleza: he podido observarlo.

PEDRO

Gracias.

EL PADRE ROJAS

Tiene un carácter muy poco cristiano, eso sí. La humildad, la resignación, el sufrimiento, son cosas con las cuales no quiere avenirse. Es la manera de ser de nuestra sociedad pagana, más pagana que aque-

lla de la antigua Roma. (*Transición*.) ¿Conque esa señora, en opinión de usted, está mejor? Vamos, me felicito, me felicito.

DOCTOR

Va sabe usted lo frecuentes que son esas reacciones en algunos enfermos después de confesarse.

EL PADRE ROJAS (*á Pedro*).

¿Y usted, qué tiene que decir?

PEDRO (*fríamente*).

Nada.

DOCTOR

Claro está que en esas mejorías no pueden fundarse grandes esperanzas, pero son un hecho.

EL PADRE ROJAS

Eso es lo esencial.

DOCTOR

Cuando yo salí de la Universidad no creía en otra ciencia que en la de los libros. Hoy soy ecléctico. Creo lo mismo en la eficacia de cualquier reliquia que en la del yoduro potásico. No son paradojas. Claro está que es según los enfermos. Para mí, el agua de Lourdes ha curado más tísicos que la de Panticosa. (*Después de mirar el reloj*.) ¡Adiós! ¡Adiós! (*Dirigiéndose á Pedro*). Tener en casa una de aquellas famosas muelas de Santa Polonia era como tener un dentista americano.

EL PADRE ROJAS

¡Válgame Dios, señor Don José! ¿Por qué ha de mezclar usted siem-

pre la impiedad y la ironía, ese virus volteriano, con unas cosas tan respetables?

DOCTOR

Ya sabe usted que es mi genio, Padre Rojas. Perdone usted, perdone usted.

EL PADRE ROJAS

Es usted incorregible, señor Don José. Si usted reconoce la esencia y virtualidad de los hechos...

DOCTOR

Lo reconozco todo. No quiero entrar en discusiones.... Es ya muy tarde... Otro día, otro día...

EL PADRE ROJAS

Vaya usted con Dios, señor Don José. Pero conste que yo en manera alguna me proponía discutir.

DOCTOR

Bueno, bueno. (*Vase por la derecha y Pedro le acompaña.*)

## ESCENA VI

*El Padre Rojas.—Sabel.*

SABEL (*sale muy apresurada de la alcoba.*)

Escuche una palabra, Don José. ¿Dónde ha dejado la receta?

DOCTOR (*desde la puerta.*)

No he recetado.

SABEL

¡Vaya un aquél! ¡Y para eso cuatro duros, que no los gana un pobre trabajando desde que Dios amanece! Dinero más tirado..... A lo menos cumpliese, recetando todos los días, como es debido.

EL PADRE ROJAS

La enferma parece que está mejor.

SABEL

¡Mejor! ¡Ay! no sé qué le diga. Aquel corazón está penando mucho

EL PADRE ROJAS

La gracia de Dios le dará fuerzas.

SABEL

Por resignación que haya, no puede ser que se aparte del señorito sin que le cueste muchas lágrimas. Y hace bien, pobrecita: es la ley que le tiene.

EL PADRE ROJAS

Las lágrimas son como piedras preciosas, que á los ojos de Dios avaloran el sacrificio de esa pobre señora.

SABEL

Serán, sí, señor. Yo no le digo á usted menos. Pero tocante á que el señorito se camine de la casa, me parece que es pedirle los imposibles.

EL PADRE ROJAS

Si verdaderamente quiere á la enferma, cederá.

SABEL

¡Pues por lo mismo que la quiere más que á las niñas de sus ojos!

EL PADRE ROJAS (*con dulzura*).

¡Qué pena me causa oírte, hija mía! Se adivina en tí un corazón sencillo, lleno de bondad, pero tan descuidado en su educación religiosa... No dejes que hable por tus labios el espíritu de este siglo, sensual y egoísta. Quédese eso, hija mía, para los poderosos de la tierra; para el rico avariento que busca la felicidad en esta vida mortal. No para tí, pobre mujer, que jamás te rebelaste contra la ley divina del dolor y del trabajo; sierva resignada, que ganas tu pan en el hogar ajeno, y que serás ensalzada con todos los humildes!

## ESCENA VII

*El Padre Rojas.—Sabel.—Pedro.*

EL PADRE ROJAS (*á Pedro, que entra por la derecha*).

Ya ha visto usted que esa señora no se ha agravado.

PEDRO (*á sabrido*).

Felizmente. (*Va á entrar en la alcoba*.)

EL PADRE ROJAS (*interponiéndose*).

¿Me permitirá usted todavía algunos momentos?

PEDRO

Diga usted.

SABEL

¿Se le ofrece alguna cosa, señorito?

PEDRO

No; nada. (*Sabel entra en la alcoba.*)

## ESCENA VIII

*El Padre Rojas.—Pedro.*

EL PADRE ROJAS

Después de lo que el señor doctor ha dicho, usted, sin duda alguna, habrá reflexionado. La mejoría de esa pobre señora le señala á usted el camino que debe seguir. Esa pobre señora, cuyo pecado ha sido quererle, le ruega, le suplica, que no turbe su conciencia; que huya de su lado, sin intentar verla; que la olvide y que la perdone.

PEDRO (*con tristeza*).

Así son todos los milagros de ustedes. Triunfar de una infeliz mujer enferma, que agoniza, que delira, que muere; amargar con remordimientos horribles sus últimos momentos. ¿Qué pecado puede haber en que yo le cierre los ojos?

EL PADRE ROJAS

Hijo mío, si nuestras culpas han de sernos perdonadas, es á condición de que el llanto de la penitencia las lave.

PEDRO (*con pasión*).

Yo no quiero que Octavia sufra. Yo no quiero que Octavia lllore.

EL PADRE ROJAS (*con dulzura*).

Quien no quiere sufrir, quien no quiere llorar es usted.

PEDRO (*con pasión*).

Yo, sí.

EL PADRE ROJAS

Pues tenga usted un acto de fortaleza. Abandone esta casa. Que la conciencia triunfe del corazón.

PEDRO (*con desesperación*).

¿Y á dónde iré yo? ¡Solo! ¡Solo como los muertos! ¡Octavia! ¡Mi Octavia! ¡Tú no puedes querer que yo me vaya!

EL PADRE ROJAS

Cálmese. Sosiéguese usted. Lo quiere, lo quiere porque Dios le ha tocado en el corazón.

PEDRO (*con repentina energía*).

Yo saldré de esta casa si Octavia lo desea; pero antes le diré que si me voy es porque la adoro.

EL PADRE ROJAS

Evitemos una despedida tan dolorosa, hijo mío.

PEDRO

¡El mayor dolor es no verla! ¡Usted no se ha separado nunca de una

mujer á quien se quiere más que á uno mismo; de una mujer que es toda nuestra vida! ¡Usted no sabe lo que es eso!

EL PADRE ROJAS

Yo he tenido que separarme de mi madre para vestir este hábito. Mi madre, que era una santa, me animaba á entrar en religión; pero cuando llegó el momento de separarnos, se abrazó á mí, llorando:— ¡Hijo mío, que me quedo sola en el mundo! ¡No te vayas! Y yo no me fuí.

PEDRO

Pero usted ha profesado.

EL PADRE ROJAS

Algún tiempo después entré en religión; pero para ello fué preciso que abandonase mi casa furtivamente, á la media noche. Mi pobre madre dormía.

PEDRO

Y á usted no se le ocurrió entrar en su alcoba y darle un último beso.

EL PADRE ROJAS

No. Porque en vez de uno le hubiera dado tantos, que mi madre se hubiera despertado.

PEDRO

¡Todos los que usted le hubiera dado á su madre quiero yo dárselos á Octavia! Quiero estrecharla entre mis brazos por última vez. Quiero que ella también por última vez me diga...

EL PADRE ROJAS (*interrumpiéndole*).

Lo que esa desgraciada señora tiene que decir á usted, no son ya frases que puedan murmurarse al oído, no son ya protestas y juramentos de amor; es el lenguaje del deber y de la religión, áspero como la corona de espinas que ciñeron al Salvador del mundo.

### ESCENA IX

*El Padre Rojas.—Pedro.—Sabel.*

SABEL (*sale de la alcoba con una jicara de caldo*).

Dice la señorita que tome este caldo, que se lo deja ella.

PEDRO

¿Lo ve usted?

EL PADRE ROJAS

¿Ha dicho eso?

SABEL

Sí, señor, sí.

EL PADRE ROJAS

¿Ha dicho eso?

SABEL (*titubeando*).

Sí, señor...

PEDRO

¡Lo ve usted!.. ¡Mi Pobre Octavia no me olvida!

EL PADRE ROJAS

¿Usted está segura de que lo ha dicho?

SABEL

¡Vaya, señor! Hay que andarle con estos cumplimientos, porque de otra manera no le toma.

PEDRO

¿No es verdad?

SABEL

Tómelo y no haga caso. ¡Señorita, dígame que es cierto! (*Llamando*.)

EL PADRE ROJAS (*severo*).

No lo es.

PEDRO (*con acento de desafío*).

¿Y si lo fuese? (*Octavia, vestida con una bata blanca, asoma entre los cortinajes de la alcoba. Pedro, al verla.*) ¡Octavia!

### ESCENA X

*El Padre Rojas.—Pedro.—Sabel.—Octavia.*

OCTAVIA (*juntando las manos*).

¡Pedro, ten piedad de mí!

SABEL

Señorita, que se va á poner peor.

PEDRO

¿Tú quieres que yo me vaya, Octavia?

OCTAVIA (*delirante*).

¡No ves qué desgraciada soy!

PEDRO

Contesta. ¿Tú quieres que yo me vaya?

OCTAVIA

Sí... Yo no ... Lo quiere Dios...

PEDRO

¿Y que no vuelva á verte?

OCTAVIA

Sí... ¡Lo quiere Dios!

PEDRO (*retrocediendo*).

¡Me iré! ¡Me iré!

EL PADRE ROJAS (*á Sabel*).

Llévesela usted.

PEDRO (*con pasión*).

Y no me verás más. ¡Adiós, Octavia! ¡Mi Octavia querida! ¡Adiós, infame!

OCTAVIA (*viniendo como loca al centro de la escena*).

Pedrol... ¡Pedrol... ¡NO te vayas! ¡NO te vayas! ¡Aunque me condenel

(FIN DEL ACTO PRIMERO)

## ACTO SEGUNDO